

# VERSIÓN FINAL DEL RELATO “DIÁLOGO”, DE EMILIA PARDO BAZÁN

ÁNGELES QUESADA NOVÁS  
Sociedad Menéndez Pelayo

**Title:** Final Version of the Shortstory “Diálogo”, of Emilia Pardo Bazán

**Abstract:** The work focuses on the transcript of the final versión of a story that had not been published. Besides stops in observing and stylistic changes to the autor he submits to text before final publication.

**Key words:** Transcription. Final versión. Collation. First versión.

En la sección Documentación del número 5 de la revista *La Tribuna. Cadernos de Estudos da Casa Museo de Emilia Pardo Bazán*, correspondiente al año 2007, M<sup>a</sup> del Mar Novo Díaz presenta un interesante trabajo: “El taller de la escritura: “Diálogo” y [“Un buen tiritito”], dos cuentos desconocidos de 1916”, en el que reproduce los mecanoscritos de ambos relatos depositados en el Archivo de la Casa Museo de la escritora, a la vez que ofrece una posible versión última de “lo que a mi juicio sería el texto depurado siendo en todo momento lo más fiel posible a las cuartillas mecanografiadas existentes en el Archivo” (Novo Díaz 2007: 442).

Añade que además de mecanografiados, aparecen los folios “sin correcciones (...), completos y terminados,” (*Ib.*: 441) con el agregado de una indicación referida a la publicación a que estaban destinados. Datos estos muy interesantes a la hora de valorar el resultado final, es decir, su publicación en el soporte elegido. De ambos relatos, el cuento que me interesa, “Diálogo”, se señala que es para *Summa*.

*Summa* fue una revista quincenal ilustrada que apareció en Madrid el 15 de octubre de 1915, dirigida por el comediógrafo y novelista Salvador Martínez Cuenca. Tuvo como redactor jefe al periodista y escritor modernista Bernardo García de Candam y estaba dedicada al mundo de la cultura, con contenidos literarios, de artes, arquitectura, teatro, etc., pero también

de deportes, modas, medicina, asuntos militares y de política social y financiera, es decir, un *magazine* al uso, con la peculiaridad de contar con una gran presencia de firmas jóvenes pero ya reconocidas como las de Valle-Inclán, Manuel y Antonio Machado, Benavente, Ortega, Unamuno. Cuenta además con una larga nómina de ilustradores, como Moya del Pino, Aurora Gutiérrez Larraya, a lo que se añade la presencia de fotografías, algunas de ellas firmadas por Julio Romero de Torres.

El número del 15 de marzo de 1916 consistió en un monográfico-homenaje a Rubén Darío, poco después, el 15 de mayo, la revista número 15 anuncia su suspensión durante unos meses, pero lo cierto es que no vuelve a publicarse.

La descripción de la revista facilitada por el buscador de la Biblioteca Nacional incide en que por “su amalgama de contenidos, sus bellas ilustraciones a color y edición esmerada, en un formato pequeño, compuesto a una columna (...) debió buscar a sus lectores entre la aristocracia y la alta burguesía ilustrada y moderna”. No es de extrañar, pues, que la dirección buscara la colaboración, al menos en los primeros números, de Emilia Pardo Bazán que significaba garantía de prestigio y calidad. Y ella aceptó la oferta, puesto que también entraba dentro de sus preferencias este tipo de publicaciones.<sup>1</sup>

En el número 8, correspondiente al 1 de febrero de 1916 esta “Revista Selecta” ofrece un cuento de la Condesa de Pardo Bazán, titulado “Diálogo”,

---

<sup>1</sup>No hay más que recordar las cabeceras con las que colaboraba, relacionadas con publicaciones cuidadas, esmeradas y pulcras, con ribetes artísticos a ser posible y destinados a un público burgués: *Blanco y Negro*, *Pluma y Lápiz*, *Álbum-Salón*, *Apuntes*, *La Ilustración Española y Americana*. . . Sin que ello signifique que no haya colaborado con otras más modestas: *Extractos de Literatura*, *Madrid Cómico*.

ilustrado por Joaquín Santana Bonilla.<sup>2</sup> Se trata del relato mecanografiado, con la indicación “para Summa”, al que se refiere Novo Díaz.

El relato formaría parte de una temática a la que la escritora acudió en escasas ocasiones: la del niño abandonado, condenado probablemente a convertirse en un golfo, o al menos a comportarse como tal mientras encuentra solución a su situación.

El niño situado en el centro mismo del relato, como protagonista único, viviendo la experiencia de la cotidianidad, contemplando el entorno y actuando en él con instrumentos a su medida, aparece en contadísimas ocasiones dentro del vasto panorama de su cuentística, exactamente en siete, y siempre en un medio adverso, marcado fundamentalmente por el abandono afectivo. Son cuentos de golfos o, mejor dicho, pseudogolfos, a los que el entorno acosa hasta la extenuación o la muerte.

Los cuentos a que me refiero son, por orden cronológico de aparición: “Restorán” (1901), “Un duro falso” (1906), “Vacuna” (1909), “Pelegrín” (1912), “Travesura” (1918), “Libertad” (1930), a los que ahora se uniría “Diálogo” (1916).

El cuento “Diálogo” relata la breve vida de un huérfano, al que alguien tiende una mano para que salga de su situación de abandono, pero el medio en el que recalca en vez de ayudarlo, le envilecerá. Consigue trabajo como “botones” en una casa, pero los criados le empujarán a cometer errores y a entrar en el mundo del alcohol, lo que le conduce a una situación límite y posteriormente a la muerte.

Tiene en común Félix con esos otros protagonistas pardobazanianos el estar en posesión de una conciencia, que les impele a querer escapar de una

---

<sup>2</sup>Joaquín Santana Bonilla (Málaga 1880-1940). Prolífico ilustrador y caricaturista. Colaboró con algunas de las revistas más prestigiosas de su tiempo: *Monos*, *Madrid*, *Cómico*, *Vida galante*, *Pluma y Lápiz*, *El Arte del Teatro*, *Voluntad*. Fue también ilustrador de libros, como lo atestigua el anuncio que informa de una edición del *Quijote* en separatas ilustrada por él (*El Heraldo de Madrid*, 19 de abril de 1905), así como su firma en la colección *Liliput* de la editorial Rivadeneira y en *El cuento semanal*. También frecuentó el cartel publicitario.

situación que ellos reconocen como mala, además de injusta, puesto que ellos no la han buscado, les ha venido dada por sus circunstancias vitales. En el caso de Félix, el protagonista del cuento, nos informa el narrador externo del relato que incluso antes de nacer ya “en el claustro materno (...) poseyó lo que muchos no adquieren después de hallarse en el mundo años y años: conciencia clarísima de su existir, y de lo que llaman libertad, albedrío, fatalidad, etc...” (Pardo Bazán 1916: 6).

El cuento publicado en la revista, con respecto del original mecanoscrito presenta cambios significativos desde el punto de vista estilístico y desde el de la ubicación de determinadas informaciones, básicas para la comprensión del relato. Se observa con ello el trabajo de pulido y matización que va desde la idea original, trazada de forma rápida, a la versión para las prensas, en la que se redondea el estilo y se asienta el decurso de la materia narrativa. Valga como ejemplo de lo anterior el inicio del cuento tal y como aparece en el ejemplar mecanografiado frente al resultado que aparece en la revista. Puesto que el cuento se presenta como un diálogo, adopta en principio la forma de texto teatral, con las entradas de cada uno de los interlocutores. Previo a ello, una acotación:

En un rincón del Ateneo. Mesas con servicios de café, unos consumidos y que un omoz retira, otros que trae para señores ateneístas que leen periódicos o discuten a media voz. En un rincón, ocupando el ángulo de un diván y una butaca contigua, Teolindo y Galo conversan, sintiéndose perfectamente solos entre el rumor de charlas. Su diálogo parec continuación de otros, anteriores. De esos temas que entre amigos, salen a relucir una vez cuando menos, por semana) (Novo 2007: 452).

Un *speaking room* del Ateneo. Mesas con servicios de café y cerveza, algunos ya consumidos, que los mozos van retirando. Señores ateneístas leen periódicos o discuten. En un rincón, ocupando el ángulo de un diván y una butaca contigua, platican Galo y Teolindo, sintiéndose perfectamente aislados en medio del charlo general. Su diálogo parece continuación de otros anteriores. De esos temas que, entre amigos, salen a relucir una vez, cuando menos, por semana). (Pardo Bazán 1916: 6)

Del cotejo de las dos versiones se extrae la conclusión de esa citada sensación de pulido estilístico, centrado sobre todo en la primera parte,

en aquella que hace referencia a la localización espacial y que cubre las dos primeras líneas, en las que la descripción un tanto a trompicones de la versión primera se organiza sintácticamente dando una correcta versión final. La parte referida a la presentación de los personajes, sin embargo, no sufre casi modificación alguna, desde un principio la escritora quiere presentar ese diálogo como algo nada extraordinario, por el contrario, como un suceso habitual. Muy significativo aparece ese paso del “rumor de charlas” al “charloteo”, con la plausible intencionalidad satírica que puede conllevar el segundo término, marcando así el tono de supuesta seriedad del diálogo.

Muy semejante es el trabajo de fijación de texto que se percibe en los párrafos en los que se comunica cuál es el meollo del diálogo, la idea central sobre la que gira la charla y que sirve de pretexto para narrar la historia de Félix.<sup>3</sup>

Galo- Qué diantres: También yo tengo mi propia estimación. Y no es la honradez solamente. Es el buen sentido. Mira aquello que más fastidia y no probar lo que gusta... y lo sigo.

Pues me das la razón.

Galo- No. Esas son cosas que podemos hacer, y sin más que unas miasas de entendimiento para discernir entre lo que está en nuestra mano y lo que no está y escoger, como egoístones, lo que más nos conviene... porque al fin, es el egoísmo el que nos mueve en eso y en todo. No me lo negarás.

Teolindo- Según cómo se entienda... el supremo egoísmo sería la virtud absoluta.

Galo- No lo dudes ni un momento. No hay nada que se parezca a la felicidad tanto como esa virtud que llaman heroica... Lo único que he querido dejar sentado es que las circunstancias nos mandan y hacen de nosotros lo que se les antoja. Te contaré la historia de un golfillo... (Novo 2007:453).

Como se puede observar al leer esos párrafos en la versión final, hay una cierta indeterminación acerca de qué es eso que impide al hombre ser libre. En principio se habla del “buen sentido”, sin aclarar el término, para terminar optando por el egoísmo, que será lo que aparezca en la versión final, en una parrafada más coherente y lúcida que la de esta primera versión.

<sup>3</sup>Actualizo y corrijo la transcripción de la versión mecanografiada del relato, cuya versión literal reproduce Novo Díaz.

GALO.- ¡Qué diantres! Se hace lo que se puede. Y no es la honradez solamente lo que nos reprime un poco. Es el egoísmo. Créelo. Otro instinto y muy enérgico. Nos reprimimos, porque sabemos que no hay remedio. Otra fatalidad. No me negarás que estoy en lo firme.

TEOLINDO.- Conforme se entienda... Según tú, el supremo egoísmo sería la virtud absoluta.

GALO.- No lo dudes ni un momento. No hay nada que tanto se parezca a la felicidad como esa virtud que llaman heroica... Lo único que he querido dejar sentado es que las circunstancias nos mandan y hacen de nosotros lo que les viene bien. Pudiera contarte cien historias en abono de esta verdad, la mía entre ellas... No te contaré más que la de un golfillo. Historia fantástica, dirás... Fíjate y la moraleja te saltará a los ojos. (Pardo Bazán 1916: 6).

Y este es el tenor al que se adscribe el trabajo de pulido al que me he referido y que conduce a la versión final. Entrados ya en el cuerpo del relato se observa desde la primera versión un curioso afán por mostrar un ¿ser? perfectamente consciente de su existencia y de lo que el porvenir le depara, así como de las negativas circunstancias que rodean su concepción, nacimiento, etc... y que le conducirán hacia su desgraciado final.

Sin entrar en comentarios acerca de qué se persigue con esta presentación, sí se observa que en ambas versiones esa es la parte más elaborada del relato, aquella en que se pone especial énfasis en la conciencia del personaje, habida cuenta de que ese es el meollo del relato.

No pudiera ningún científico explicar por qué desde el mismo instante en que se animó en el claustro materno el germen de lo que había de ser Félix en la pila bautismal, aquel germen poseyó lo que muchos no adquieren después de hallarse en el mundo años y años: conciencia clarísima de su existir, sin pedir permiso al hombre. En suma, el embrión de Félix sabía ya que era embrión y que tardaría pocos meses en ser un niño.. Sabía más y eso sí que asombra: sabía que los autores de su vida eran una infeliz lavandera y un albañil sin trabajo y porque era alcohólico. Y el germen de su oscura prisión materna empezó a protestar y a renegar ¿Por qué no era la amorosa unión de dos seres jóvenes, hermosos y ricos lo que le traía a este mundo perro? (Novo 2007: 453-454).

En suma, el embrión de Félix sabía ya que era embrión y que poco tardaría en ser una criatura humana. Aún sabía más, y esto sí que aturde: sabía que los responsables de su existir eran una infeliz lavandera y un albañil a menudo sin trabajo y alcohólico. En su oscura prisión en embrioncillo empezó a protestar y renegar. ¿Por qué no ser fruto de la amorosa unión de dos seres jóvenes, hermosos y ricos? ¿Quién le había consultado para traerle

a este mundo perro? (A fuer de embrión de talento, no dudaba de la perrería del mundo). (Pardo Bazán 1916: 7).

A simple vista se puede observar la labor de concreción del argumentario, sin prescindir, en ningún momento, de aquellos elementos que le parecen más sugerentes para perfilar la ¿futura? personalidad del personaje.

De manera muy semejante se resuelve el pulido de los párrafos siguientes, con alguna salvedad que demuestra, no sólo que en ningún momento la escritora se distancia del motivo central de la historia, sino también que algunos párrafos se convierten en una especie de anclaje temático. Pasemos a ver un ejemplo, en el que se nota que ya desde la primera versión el narrador dice lo que quiere decir, no necesita pulido ni matización en la definitiva, más que la de adelantar el futuro:

La conciencia le iluminaba; pero sin embargo, como sus medios de expresión no alcanzaban a revelar lo que sugería esa conciencia, sufría cruelmente, incapaz de evitar lo que entendía allá dentro. (Novo Díaz 2007: 454).

La conciencia le iluminaba, sí, mas sus medios de expresión no alcanzaban a revelar y formular lo que le sugería la conciencia, ningún medio de lucha y defensa poseía. (Pardo Bazán 1916: 8).

La segunda parte de la historia, el momento en que Félix comienza su trabajo como botones de la casa que le acoge, donde, desde el principio, encuentra un ambiente contrario ante el que no tiene capacidad alguna de respuesta. Para reforzar esta impresión de inermidad en la versión final se añade el episodio de un robo, del que es conocedor Félix, pero lo silencia. “Al poco tiempo de estar en la casa, desapareció una valiosa sortija. Félix sabía quién era el culpable: el ayuda de cámara. Pero no ignoraba la suerte que aguarda a los soplones. Impuso silencio a su conciencia.” (Pardo Bazán 1916: 9-10).

Con todo el servicio de la casa en contra, porque, según la primera versión: “el amo le trataba con mayor dulzura que a nadie” (Novo 2007: 455), Félix comienza a dejarse llevar por ¿sus circunstancias? Eso sugiere

el argumento esgrimido en ambas versiones —sin casi variantes de la una a la otra, salvo la referida a la marca de anís, supongo que con algún ribete irónico, que hace desaparecer en la versión final: “... solo que algo del alcoholismo paterno habría en la sangre del muchacho, que, probado el Brizard, no Mono, le fue imposible resistir y siguió bebiendo.” (Novo 2007: 456).

... sólo que algo del alcoholismo paterno latiría en la sangre del muchacho, pues, probado el Mono, le fue imposible resistir. (Pardo Bazán 1916: 10).

Unas circunstancias marcadas, pues, por su procedencia que no por su voluntad. Pero, al pasar al capítulo de los episodios que preludian y conducen el final, cuando el muchacho comienza a fijarse en las mujeres, volvemos a ver que es el ambiente enrarecido que le rodea —“le tenían entre ceja y ceja” (Novo 2007: 456); “... hacer de rabiar” al chico, a quien siempre envidiaban (vaya usted a saber por qué)” (Pardo Bazán 1916: 10)— el que impulsa la acción y provoca la situación final.

Llegados a ella, la primera versión se plantea de manera más primitiva, menos acorde con la cocina de una casa burguesa:

Estaban en la cocina; asió un hacha, la de partir los huesos, y con el brazo sano, el derecho, la asestó a la cabeza del lacayo. Este, vigoroso mocetón, de treinta años, paró el brazo en el aire, exclamando “Hola, hola? Sales por ahí? Y, derribando al chico, le pateó muy a su sabor el pecho, a talonazos... (Novo 2007: 457).

Estaba de sobremesa, en la cocina. Félix saltó, asió un cuchillo trincherero y, con el brazo sano, el derecho, lo asestó al vientre del lacayo. El vigoroso mocetón paró el brazo en el aire exclamando: -“¿Hola, hola? ¿esas tenemos? Y derribando al muchacho, le pateó muy a su sabor el pecho, a talonazos rápidos, repetidos, con intención de despachurrarle. (Pardo Bazán 1916: 11)

Me parece muy significativo el cambio de arma, más doméstico el cuchillo que esa hacha primitiva, y más plausible el golpe frustrado, ambos cambios resueltos probablemente a la búsqueda de una escena menos brutal, quizá en función del lector y de la publicación a que iba destinado el relato.



Quizá, la matización más cuidada se produce al final del relato, en un claro intento de imprimir cierta dosis de lirismo en una historia por demás carente de cualquier tipo de belleza:

Lo que más le afligía era la tal conciencia, repitiéndole que cuanto le pasaba era por culpa suya y rogó a Dios en sus sueños febriles. –Quítamela! Para lo que me ha servido! Se la quitó la misericordia divina, y entonces Félix sufrió muchísimo menos. Fue extinguiéndose dulcemente, inconscientemente, hasta que se disolvió en los elementos. . . (Novo 2007: 457).

Lo que más le afligía era la maldita conciencia, repitiéndole que cuanto le pasaba era culpa suya. Y rogó a Dios en sus anhelos febriles: –¡Quítamela, Señor! ¡Para lo que me vale!

Se la quitó la misericordia divina. Libre de la acusadora, Félix se consoló y fue extinguiéndose dulcemente, sin sentir, hoja del árbol vital que cae para reducirse a polvo. . . (Pardo Bazán 1916: 11).

En conclusión, el cotejo de los dos textos permite observar la agilidad con que la escritora esbozaba un relato, que ya en una primera versión contiene los datos precisos para redondear la “moraleja” mientras en la versión final se notan las precisiones sintácticas y los matices ambientales que culminan la labor de elaboración. Hasta dar con un producto correcto y pensado para la publicación a que va destinado.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup>Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación *Ediciones y estudios sobre la obra literaria de Emilia Pardo Bazán* (Referencia: FFI2013-44462-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, dirigido por el profesor González Herrán, en la Universidad de Santiago de Compostela.

## “DIÁLOGO”

*SUMMA*, n° 8, 1 de febrero de 1916.

(Un *speaking room* del Ateneo. Mesas con servicios de café y cerveza, algunos ya consumidos, que los mozos van retirando. Señores ateneístas leen periódicos o discuten. En un rincón, ocupando el ángulo de un diván y una butaca contigua, platican Galo y Teolindo, sintiéndose perfectamente aislados en medio del charloteo general. Su diálogo parece continuación de otros anteriores. De esos temas que, entre amigos, salen a relucir una vez, cuando menos, por semana).

GALO.- No me cabe en la cabeza este empeño tuyo de que somos libres y podemos hacer lo que se nos antoje.

TEOLINDO.- ¡Qué quieres! No me siento piedra ni vegetal... Tengo en perfecto estado mi conciencia.

GALO.- También la tendremos los demás... Sólo que, ante imposibilidades y fatalidades, la conciencia se limita a darnos tormento, sin valernos para nada.

TEOLINDO.- ¡Bah! A todas horas atravesarás situaciones que te permiten afirmar tu albedrío, a cada paso lucharán tus apetitos y tus convicciones honradas. No siempre vencerán los instintos, digo yo.

GALO.- ¡Qué diantres! Se hace lo que se puede. Y no es la honradez solamente lo que nos reprime un poco. Es el egoísmo. Créelo. Otro instinto y muy enérgico. Nos reprimimos, porque sabemos que no hay remedio. Otra fatalidad. No me negarás que estoy en lo firme.

TEOLINDO.- Conforme se entienda... Según tú, el supremo egoísmo sería la virtud absoluta.

GALO.- No lo dudes ni un momento. No hay nada que tanto se parezca a la felicidad como esa virtud que llaman heroica... Lo único que he querido dejar sentado es que las circunstancias nos mandan y hacen de nosotros lo que les viene bien. Pudiera contarte cien historias en abono de esta verdad, la mía entre ellas... No te contaré más que

la de un golfillo. Historia fantástica, dirás... Fíjate y la moraleja te saltará a los ojos.

Cátate que mi golfillo, por uno de esos contrastes frecuentes entre el nombre y la persona, se llamó Félix. No pudiera ningún científico explicar por qué, desde el mismo punto de animarse en el claustro materno, el germen de lo que había de ser Félix en la pila bautismal, aquel germen poseyó lo que muchos no adquieren después de hallarse en el mundo años y años: conciencia clarísima de su existir y de lo que llaman libertad, albedrío, fatalidad, etc. Milagro parece: Contémoslo en el número de esos arcanos de la naturaleza, que acaso descifren los sabios venideros. En suma, el embrión de Félix sabía ya que era embrión y que poco tardaría en ser una criatura humana. Aún sabía más, y esto sí que aturde: sabía que los responsables de su existir eran una infeliz lavandera y un albañil a menudo sin trabajo y alcohólico. En su oscura prisión en embrioncillo empezó a protestar y renegar. ¿Por qué no ser fruto de la amorosa unión de dos seres jóvenes, hermosos y ricos? ¿Quién le había consultado para traerle a este mundo perro? (A fuer de embrión de talento, no dudaba de la perrería del mundo). En fin, de buena o mala gana, tuvo que desarrollarse, formarse y, convertido en infante del sexo masculino (tampoco le consultaron para lo del sexo), salir a luz. Auxilió a la parturienta una comadrona torpe y Félix quedó con un brazo pegado al cuerpo, ya por toda la vida. La conciencia del mamoncillo le avisaba, “Si te viese un buen médico, no serías manco...” Sólo inarticulados quejidos respondían a los avisos de su conciencia racional... Y el brazo quedó así, atrofiado para siempre.

Toda la niñez de Félix respondió al mismo contraste. Veía como la luz que no comía lo bastante para nutrirse, que se iba esmirriando, que su padre le arrimaba crueles puntapiés, que su madre se mataba a fuerza de trabajo sin conjurar el espectro del hambre. Bien quisiera hacer algo por mejorar de suerte, pero no entendía cómo. La conciencia le iluminaba, sí, mas sus medios de expresión no alcanzaban a revelar y formular lo que le sugería la conciencia, ningún medio de lucha y defensa poseía. Notaba que su madre tosía cada vez más, escupiendo sangre a menudo; que su padre

degeneraba en furioso y pedía dinero para beber; malos tratos y roncadas amenazas acompañaban a las forzosas negativas. Notaba que otros niños iban a la escuela y él no, que otros iban abrigados y él punto menos que en carnes. Por último vio que le enviaban a pedir, en voz plañidera o con timitos humorísticos, “pá ayuda de un panecillo...” Aquello debía de ser malo, humillante; la conciencia le decía: “aprende y trabaja”. ¿Cómo? ¿Dónde? Lo primero, vivir...

La misma conciencia, con hondo acento, le insinuó entonces que tal vez el vivir, en condiciones semejantes, no fuese cosa muy buena. Y añadió que no era él quien había pedido la vida, que vivía sin consentimiento. Si le consultan... Bueno, ello es que iba tirando y hasta juntaba perrillas, con las cuales compraba cachos de bacalao, pasteles rancios, cacahués y castañas. La indina de la conciencia seguía gritándole: “se debe trabajar” ¿En qué? ¿Aprender un oficio? Era manco...

Un día fue, para su madre, el último. A la semana siguiente, su padre, en riña de beodos, mató a un hombre. Le encarcelaron. Félix quedó solo con un pequeñín de cuatro meses, su hermanito, que, por nueva ironía, se llamaba Ventura, *Turín*. Le cogió en brazos y salía con él a pordiosear. Se juró no abandonarle nunca. Pero el rorro, que unas veces bebía leche y otras aguardiente, que iba con los pañales duros, enfrascados de porquería, languideció. Entonces Félix, llorando como un perdido, le depositó en el torno de la Inclusa. Allí le cuidarían, al menos.

Siguió vagabundo y mendigo. Había discurrido una fórmula deprecatoria que repetía maquinalmente:

—Señorito... ¡tómeme de criado! ¿De criadito *pa recaos*, señor!

Hubo un caprichoso, algo filántropo, que accedió, en un arranque de piedad hacia “el manquito”. Félix fue desinfectado, lavado, rapado, hasta perfumado, y se convirtió en un gracioso “botones”. Se propuso con toda su alma ser bueno, leal, querer mucho a su amo, obedecerle ciegamente. Al poco tiempo de estar en la casa, desapareció una valiosa sortija. Félix sabía quién era el culpable: el ayuda de cámara. Pero no ignoraba la suerte que aguarda a los soplones. Impuso silencio a su conciencia.

Los compañeros le tenían ya de ojo: aprovechando el tiempo de Carnaval trajeron botellas de licores y consiguieron que Félix aceptase copa tras copa. Es de notar que la conciencia de Félix protestaba, sólo que algo del alcoholismo paterno latiría en la sangre del muchacho, pues, probado el Mono, le fue imposible resistir. Se sentía indulgente con el recuerdo de su padre y casi se acusaba de haberlo acusado. Una alegría física le inundaba... y tanto le inundó, que cayó de bruces bajo la mesa...

El amo desde ese día le trató más severamente. La conciencia insultaba. -“¡Bruto, borracho!”- Félix convenía en ello: borracho, bruto... Era lo malo que el tántalo del comedor, que guardaba vigilante y celoso el tesoro de ilusión de los licores, le hacía bizcar, a pesar suyo, miraba de reojo las botellas de colorines. -“¡Bruto, borracho, golfo!”- No importa, seguía bizcando... la propina del día del santo de su amo le perdió. -“Tira a la alcantarilla ese duro” -mandaba la conciencia. -“Dalo si no a un pobre”- Y lo que hizo fue comprar una botella, del Mono muequero, que ocultó entre su jergón. Cada noche su copita, sus dos copitas...

Ya le gustaban las mozuelas que encontraba en la calle. Siempre la previsora conciencia le había enseñado: -“Huye de las mujeres como del fuego”- “Mira que te darán cien mil desazones por un gusto... Son peores que el Mono...” -¿De qué sirve una conciencia madura, con unos sentidos jóvenes, frescos, impetuosos? Mientras oía la voz interior, Félix iba detrás de una modistilla del barrio, de nariz respingada, chula madrileña, viciosamente candorosa... La seguía por la calle para obtener una ojeada llena de malicia, de picardihuela, de coquetería popular... El crujir de la falda de percal y de los zapatos relucientes, con tacones altísimos, le enloquecía. ¡Bah! ¡La conciencia! ¡Qué sabe la conciencia de estas cosas!

Los compañeros, percatándose de las correrías de Félix tras la Quiteria -a la cual conocían todos-, le daban coba. Para “hacer de rabiar” al chico, a quien siempre envidiaban (vaya usted a saber por qué), el lacayo dio en rondar a la Quiteria, y no bastándole, se lo “refregó” al muchacho, con tosca fisga:

-¿Te has creído tú que va esa barbiana a querer a un manco, a un bicharraquillo?

Créeme, Teolindo, que aquel fue el momento en que la conciencia habló más alto dentro de Félix. Le dijo que las burlas cobardes se desprecian, que las mujeres no se ganan a puñadas, que vale más reír lo que no hay modo de castigar, que cuando los fuertes atacan a los débiles, los débiles no tienen otra defensa que la pasividad y el silencio... Todo esto lo voceó la conciencia, sí; pero una especie de hierro ardiendo de vergüenza y furia se hincaba en el corazón del chico socarrándolo todo.

Estaba de sobremesa, en la cocina. Félix saltó, asió un cuchillo trincherero y, con el brazo sano, el derecho, lo asestó al vientre del lacayo. El vigoroso mocetón paró el brazo en el aire exclamando: -“¿Hola, hola? ¿esas tenemos?” - Y derribando al muchacho, le pateó muy a su sabor el pecho, a talonazos rápidos, repetidos, con intención de despachurrarle. Intervinieron. ¡Aquello pasaba de broma! Alzaron a Félix, le dieron agua, le cuidaron, le acostaron. No se llamó al médico por ocultar el lance. Desde aquel día, Félix, sin fuerzas, se arrastró para hacer el servicio. Lo que más le afligía era la maldita conciencia, repitiéndole que cuanto le pasaba era culpa suya. Y rogó a Dios en sus anhelos febriles: -¡Quítamela, Señor! ¡Para lo que me vale!

Se la quitó la misericordia divina. Libre de la acusadora, Félix se consoló y fue extinguiéndose dulcemente, sin sentir, hoja del árbol vital que cae para reducirse a polvo...

TEOLINDO.-(*después de un momento de mutismo*) -¿Y qué es lo que prueba tu cuento? GALO.- Tú dirás, hijo...

TEOLINDO.- Tu héroe pudo... pudo... realmente, no pudo dejar de nacer como nació, ni de tener esos padres, ni pudo educarse, ni... Lo confieso. Pero pudo perfectamente, desde que entró en casa del filántropo, portarse bien, no seguir modistas, no beber Mono...

GALO.- Es cierto... Ahora, sácame de una curiosidad... ¿Sigues fumando?

TEOLINDO.- Te veo... ¡Bah!

GALO.- ¿Te acuerdas de la influencia de la nicotina en las lesiones cardíacas?

TEOLINDO.- Sí, hombre, ya estamos. . . (*Sacando la petaca y el encendedor*).  
Desde *mañana* no fumo más.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ESPINOSA MARTÍN, Carmen y Carlos SÁNCHEZ DÍEZ (2013). *Caricaturas. Ilustradores de los siglos XIX y XX en la Colección Lázaro*. Madrid: Fundación Lázaro Galdiano
- NOVO DÍAZ, M<sup>a</sup> del Mar (2007). “El taller de la escritora: “Diálogo” y [“Un buen tirito”], dos cuentos desconocidos de 1916”. *La Tribuna*, 5, pp. 439-465.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1916). “Diálogo”. *Summa*, 8, 1 de febrero, pp. 6-11.

recibido: septiembre de 2015

aceptado: junio de 2016